

# Miguel de Cervantes el insigne hidalgo

Francisco Troya



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2006, by Francisco Troya y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialcasals.com](http://www.editorialcasals.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, ALBUM, ORONoz

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Fotografía de cubierta: *Retrato de Miguel de Cervantes*, Juan de Jáuregui, 1600. Real Academia Española, Madrid.

Segunda edición: junio de 2011

ISBN: 978-84-218-4804-3

Depósito legal: M-22.926-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Pedro Gimeno Capín.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

<b>A modo de prólogo</b>	<b>5</b>
<b>1 Vaivenes de la fortuna</b>	<b>7</b>
<b>2 La heroica hazaña de Lepanto</b>	<b>17</b>
<b>3 La rebeldía de un esclavo</b>	<b>33</b>
<b>4 En busca de acomodo</b>	<b>47</b>
<b>5 Andanzas y tribulaciones de un comisario real</b>	<b>59</b>
<b>6 Alegrías, pero más pesadumbres</b>	<b>73</b>
<b>7 Con el pie en el estribo de la muerte</b>	<b>83</b>
<b>Cronología</b>	<b>95</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>99</b>

## A modo de prólogo

Todavía hoy, son muchos los aspectos de la vida de Miguel de Cervantes que permanecen en la oscuridad. Más de los que el biógrafo o estudioso desearía. Pero, de manera muy especial, son desconocidos los años que abarcan su infancia y adolescencia.

De esas primeras etapas del autor del *Quijote*, solo está documentado que sus padres fueron Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas, que fue bautizado el 9 de octubre de 1547 en Santa María la Mayor de Alcalá de Henares (se ignora el día de su nacimiento, aunque se supone que nació el día de san Miguel, 29 de septiembre, por aquello de la costumbre de poner el nombre del santo al recién nacido; pero no deja de ser eso, una suposición).

Fue el cuarto de siete hermanos. El primogénito, Andrés, murió al poco tiempo de nacer; luego vinieron Andrea y Luisa. Después de Miguel, nacieron Rodrigo, Magdalena y Juan; sobre este último, aparte de la fecha de su nacimiento, la oscuridad es absoluta.

Su padre, sordo de nacimiento, ejerció el oficio de cirujano, que es tanto como decir sacamuelas y practicante de sangrías. Este oficio no le dio para tirar adelante a su

familia, por lo que decidió abandonar Alcalá con el objetivo de mejorar sus condiciones de vida. Así, al parecer, la familia Cervantes residió, sucesivamente, en Valladolid (1551), donde el padre fue encarcelado por deudas, Córdoba (1553), Cabra (1558) y Sevilla (1564). Ese continuo ir de aquí para allá marcó indeleblemente el carácter de Miguel.

Sobre los primeros estudios del escritor, todo son conjeturas; no obstante, Rodrigo, el padre, quiso que sus hijos supieran leer y escribir, incluso las chicas, cosa rara en la época. Es probable (pero solo probable) que Miguel estudiara en el colegio de los jesuitas de Córdoba, donde se despertó su afición a la lectura y a la poesía; y luego, en Sevilla, donde se aficionó al teatro.

En 1566, la familia se trasladó a Madrid. Tenía Miguel diecinueve años.

## Vaivenes de la fortuna

En Madrid, un día vio por la calle una cara que le resultaba conocida y, con los brazos extendidos, en franca camaradería, se acercó a él.

—¡Mateo! ¿Eres tú, Mateo, amigo?

Mateo Vázquez, el secretario del poderoso cardenal Espinosa, presidente del Consejo real, se mantuvo, al principio, algo reservado. Su posición social, y allí, en medio de la calle, le contuvo.

—¡Miguel! —exclamó, al fin, y se dirigió hacia él con una sonrisa en los labios—. ¡Miguel de Cervantes!

—¡Qué alegría volver a encontrarnos! ¿Y qué trae a vuestra merced de Sevilla a la corte?

—Habéis de saber que estoy al servicio, como secretario, del cardenal Espinosa, presidente del Consejo real.

—Entonces, vuestro señor... es mi señor —le interrumpió Miguel.

En efecto, el poderoso e influyente don Diego de Espinosa era asimismo el protector del humanista<sup>1</sup> Juan López

---

1. *humanista*: persona que practicaba el humanismo, ideología que consideraba al ser humano como centro del universo.

de Hoyos, quien enseñaba gramática en el célebre Estudio de la Villa. López de Hoyos consideraba a Miguel su discípulo predilecto y fomentaba en él el camino de las letras.

—¿Y vos, Miguel, lleváis mucho tiempo instalado en la corte? —le preguntó su antiguo compañero de colegio.

—Ya sabéis —respondió Miguel— que mi padre, modesto cirujano, en su deseo de prosperar en su oficio, nos ha ido llevando de aquí para allá. Alcalá de Henares, Valladolid, Córdoba, Sevilla... y ahora Madrid. No llego a los veinte años, y ya he recorrido media España —bromeó.

Así hablando, los dos antiguos amigos habían llegado, sin darse cuenta, hasta las orillas del Manzanares.

—¿Y habéis dado al olvido aquellos sueños de alcanzar la eterna gloria de los poetas? —preguntó Miguel.

—Otras obligaciones me han apartado de las musas.<sup>2</sup> Pero ¿y vos?, ¿seguís componiendo versos?

—Sí, así es. ¿Queréis oír la canción en tercetos que he compuesto a vuestro protector?

Y, sin esperar respuesta, Cervantes carraspeó para aclararse la voz, y entonó así:

*¿A quién irá mi doloroso canto,  
o en cuya oreja sonará su acento  
que no deshaga el corazón en llanto?*

*A ti, gran cardenal, yo le presento;  
pues vemos te ha cabido tanta parte  
del hado ejecutivo violento...*

---

2. *musas*: divinidades protectoras de las artes, en especial, de la poesía.

Mientras Miguel recitaba, la vista de Mateo Vázquez se fue perdiendo en las mansas aguas del río...

—¡Magnífico! —exclamó alborozado cuando Miguel hubo concluido.

—Y ahora, ¿me haréis la merced de oír esta redondilla, que he compuesto a la muerte de nuestra señora la reina, doña Isabel de Valois?

Mateo Vázquez se representó mentalmente la figura de la reina en vida, tan delicada y frágil como el cristal, y tímida y asustadiza como un pajarillo. Su belleza y amabilidad, la juventud de sus veinticinco años, no habían sido suficientes razones para detener el poder inexorable de la muerte, acaecida al dar a luz a un hijo que había nacido también muerto...

La voz de Cervantes alentaba la imaginación de Mateo.

*Cuando dejaba la guerra  
libre nuestro hispano suelo,  
con un repentino vuelo  
la mejor flor de la tierra  
fue trasplantada en el cielo.  
Y al cortarla de su rama  
el mortífero accidente,  
fue tan oculta a la gente  
como el que no ve la llama  
hasta que quemar se siente...*

—¡Muy bien, Miguel! ¡Admirable! —volvió a exclamar Mateo.

—Gracias, amigo, pero si queréis que os diga la verdad...

—¿Qué queréis decir?



—Como dice el refrán, y vuestra merced bien lo sabe, si uno quiere medrar ha de seguir el consejo de «Iglesia, o mar, o casa real». O sea, que para llegar a ser rico y honrado, o bien hay que hacerse clérigo, o dedicarse al comercio, o servir al rey.

—¿Y...?

—Que me parece —dijo en un tono melancólico— que los versos no sean suficientes para satisfacer mis aspiraciones... Que seguir el ejercicio de las armas, sirviendo a nuestro señor el rey en su ejército sea el camino más rápido para alcanzar, a la vez, honor y fama.

Mateo Vázquez, entusiasmado con los versos de su amigo, se ofreció a hacer por él todo cuanto estuviera en sus manos.

Pocos días después de este encuentro, llegó a Madrid monseñor Julio Acquaviva, embajador del papa Pío V. Traía las condolencias de Su Santidad por la muerte del príncipe Carlos. Tras más de un mes de viaje, se encontró con una corte en luto, pero ahora llorando la reciente muerte de Isabel de Valois, tercera esposa del rey Felipe II. El monarca, profundamente afectado, no estaba en disposición de atender conflictos de jurisdicción, que era de lo que, en realidad, quería tratar el enviado del Papa.

Julio Acquaviva comprendió, dadas las circunstancias, que había hecho el viaje en vano para la misión que le traía. Así que aprovechó su estancia en la corte, como gran amante de la cultura que era, para rodearse de artistas y poetas.

El cardenal Espinosa, conocedor de las inquietudes artísticas del enviado del Papa, y a instancias de su secretario Mateo Vázquez, habló con monseñor Julio Acquaviva acer-

ca de un joven que había escrito unas composiciones, a su parecer, admirables, para las exequias de la joven reina.

—Monseñor, mi secretario Mateo es gran amigo de un poeta en quien despunta claro ingenio...

—¡Ah, magnífico! Tendría mucho gusto en oírle...

—Se llama Miguel de Cervantes —intervino Mateo—. Y convencido estoy de que está protegido por las musas...

—Si es así, me agradaría tomarle a mi servicio personal.

—Sería un gran honor, eminencia...

Y monseñor Acquaviva prometió que, al regresar a Roma, tomaría bajo su protección a tan prometedor genio.

En su interior, Mateo Vázquez disfrutaba de la alegría que tendría su amigo ante la posibilidad de partir a la cuna del arte y del saber.

—A fe mía que en Roma, al contacto de cultura tan brillante, olvidará el deseo de las armas —se dijo.

Cuando se lo comunicó, Miguel parecía indeciso:

—Habéis de saber que yo no soy bueno para palacio, porque tengo dignidad y no sé lisonjear.

—Ya aprenderéis, amigo Miguel.

Pasó el tiempo, y como ya empezaran a dejarse sentir los primeros fríos del invierno de aquel año de 1568, el embajador del Papa decidió regresar a Roma.

Pero un lance de mala fortuna hizo que Miguel se decidiera a formar parte del séquito de monseñor Acquaviva. En el recinto del palacio real, un grupo de hidalgos y caballeros charlaba animadamente. Cervantes, con el ardor de su juventud, exaltaba a los soldados españoles en Italia, y alababa las excelencias de sus tierras y costumbres, de las que había oído maravillas.

—¡Oh, sí...! —decía con entusiasmo—. ¡Cómo no admirarse de la belleza de sus ciudades y las espléndidas comidas de sus hosterías...! Y remedaba, entre risas, el italiano de los soldados: *Aconcha patrón; pasa acá, manigoldo; venga la macarela, li polastri e li macarroni...*<sup>3</sup> ¡Ja, ja, ja! ¡Ah!, pero, sobre todo, la vida libre del soldado, la libertad de Italia —exclamó en un suspiro.

Los demás reían también divertidos. Pero, inesperadamente, una voz, asistida tal vez de la envidia, se dirigió a Miguel en tono arrogante. Era un noble llamado don Antonio de Sigura:

—Bravo estáis, señor Miguel —dijo con tono burlón. Mucho le ha aprovechado la plática de Flandes y de Italia porque, en verdad, que está bizarro.<sup>4</sup>

Los que oían esto se quedaron perplejos, pues se dirigía a él como si fuera un lacayo.

—Beso mil veces las manos de vuestra se-ño-rí-a por la merced que me hace —replicó Miguel, arrastrando las sílabas a propósito.

—Mirad, amigo Miguel cómo habláis —terció otro del grupo—, que al señor don Antonio, por estas tierras, no se acostumbra el tratarle de «señoría».

—El bueno de Miguel habla bien —respondió el caballero—, porque me trata al modo de Italia donde, en lugar de «merced», dicen «señoría».

---

3. Atiende, patrón; acércate aquí, pícaro; trae la macarela, los pollos y los macarrones...

4. *bizarro*: valiente, engreído.

—Bien conozco —intervino Miguel— los usos y costumbres de la buena crianza. Y el llamar a vuesa se-ñoría «señoría», no es al modo de Italia, puesto que supongo que quien me llama de vos<sup>5</sup> ha de ser señoría a modo de España. Y yo merezco la merced de ser tratado con respeto, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos; y quien otra cosa dijere —gritó, al tiempo que encaminaba la mano a la espada— ¡está muy lejos de ser bien nacido!

Y con la rapidez del rayo desenvainó el acero, se abalanzó sobre él y le lanzó dos cuchilladas a la cabeza. Don Antonio en un primer momento no se dio cuenta de lo que pasaba —tal era su turbación—, ni supo reaccionar.

Miguel sintió que la fuerza de la sangre le palpitaba en las sienas, pero permaneció firme, mirando a uno y otro lado, con la espada desnuda en la mano, dispuesto a matar... o morir.

Largos instantes después, cuando el rostro empezó a chorrearle sangre, don Antonio echó mano a su espada con la determinación de vengar la injuria recibida.

—¡Paz! ¡Haya paz y sosiego! —gritaron algunos al ver el cariz que tomaban las cosas.

—¡Alto! ¡Detened las espadas! —exclamaron otros.

Se abalanzaron sobre Miguel y le sujetaron con fuerza, temerosos de que don Antonio terminara aquella disputa agonizando en medio de un charco de sangre.

—Debéis ponerlos a salvo, Miguel.

---

5. El tratamiento de «vos», equivalente al actual «tú», se empleaba para dirigirse a los inferiores.

—Yo no soy un cobarde. No he hecho más que defender mi honor...

—Lo sabemos. Pero debéis partir esta misma noche.

—Pero ¿adónde?

—Flandes, Italia, las Indias... ¡A cualquier lugar, si queréis seguir con vida!

—¿Olvidáis que los lances de espadas dentro del recinto del palacio real son severamente castigados? —dijo uno.

—Además, don Antonio de Sigura es vengativo —apuntó otro—, y desde hoy os habéis granjeado muchos y poderosos enemigos.

—Sea como decís. Posiblemente encamine mis pasos hacia Italia, a Roma..., en el séquito de monseñor Acquaviva.

Partió Cervantes con toda la celeridad que permitía la ocasión. Llegó a casa, e hizo un precipitado y escueto equipaje; también recogió algunos papeles con versos y unos pocos libros. Luego, se abrazó a sus padres, que no alcanzaban a comprender tan repentina despedida:

—Por el amor de Dios, ten cuidado, hijo.

—Sí, madre.

—Ayúdate, que Dios te ayudará.

—Sí, madre.

El padre, sordo de nacimiento, no sabía a qué se referían. Y se encogió de hombros.

—Ya te contaré yo, Rodrigo —oyó que le decía al marcharse.

En cuanto pudo, se incorporó al grupo que formaba el séquito de Julio Acquaviva. Y a la mañana del día siguiente, tras él, partió Miguel de Cervantes. Madrid quedaba

atrás; delante, la aventura. Una extraña mezcla de tristeza y alegría le embargaba.

Instalado en las dependencias del Vaticano, Miguel comenzó a servir como criado de cámara a monseñor Julio Acquaviva, que poco después sería nombrado cardenal.

Mientras, la influencia de don Antonio de Sigura, como los tentáculos de un fabuloso animal marino, se extendía por doquier. Y hasta Roma llegó la proclama que, en nombre del rey de España, reclamaba a Miguel de Cervantes, declarado en rebeldía:

«Se hace saber —decía el mandamiento judicial— por los alcaldes de nuestra casa y corte, se ha procedido en rebeldía contra un Miguel de Cervantes, ausente, a causa de haber dado ciertas heridas en esta corte a Antonio de Sigura, por lo cual el dicho Miguel de Cervantes ha sido condenado a que, con vergüenza pública, le sea cortada la mano derecha, y a destierro de nuestros reinos por tiempo de diez años.»

En cuanto tuvo noticias de ello, Miguel escribió a Madrid, a su padre, solicitando una acreditación de hidalguía, que no era otra cosa que un certificado de limpieza de sangre, corroborado por tres testigos. En él se declaraba que él, Miguel, no era hijo bastardo, sino hijo legítimo de Leonor de Cortinas y Rodrigo Cervantes, bautizado el 9 de octubre de 1547 en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, y que entre sus antepasados no había moros, ni judíos, ni conversos.

—Quizá —se dijo— esto atenúe el rigor de la sentencia.

También pasó por su cabeza que la pena remitiría en gran medida si entraba a servir en los ejércitos de Su Majestad.

No transcurrió mucho tiempo para que Miguel se diese cuenta de que la vida en el Vaticano no le llenaba ni satisfacía. Su relación con Acquaviva se hacía cada vez más fría y distante; en realidad, ejercía la función de un criado, y el eclesiástico en ningún momento actuó como verdadero protector.

La existencia se desenvolvía insípida y monótona y, como en todas las cortes, tampoco faltaban las intrigas y murmuraciones.

—Sí, ese es español. Creo que se llama Cervantes, un tal Miguel de Cervantes —oyó, al pasar, un día a unos personajes que conversaban paseándose por uno de los recogidos jardines del Vaticano.

—¡Ah, sí! —exclamó, girando la cabeza—. Se comenta de él que es tan diestro con la espada como con los versos, si no más...

Miguel se detuvo en su camino y, volviéndose, se dirigió hacia ellos.

—Señores, ante todo, deseo que sepan vuestras mercedes que con los versos espero, algún día, conquistar la fama —dijo. Y luego añadió, en tono desafiante—: Pero siempre desenvaino la espada cuando se trata de defender mi honor.

Decepcionado por su situación, Miguel tomó la resolución de alistarse en los tercios españoles asentados en Italia.